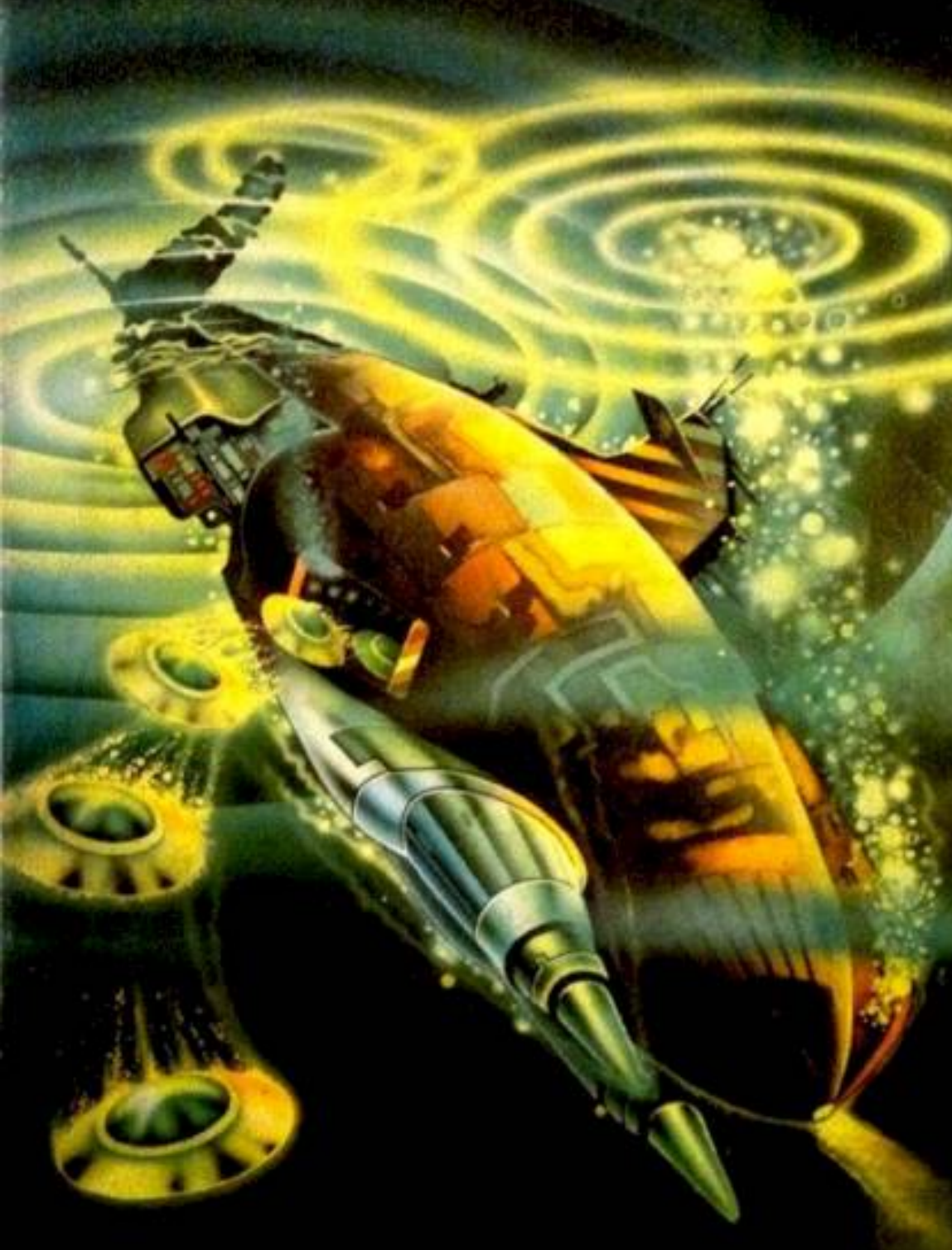


JAMES BLISH  
**SEMILLAS ESTELARES**

**SUPER  
FICCIÓN**



Un tema común —galaxias sembradas con organismos humanos modificados— da ocasión a que el autor nos ofrezca cuatro historias independientes que, sin embargo, integran un todo único: el Hombre sobrevive convirtiéndose en un No-Hombre, recuerdo sombrío del Hombre verdadero.

James Blish, ya conocido por nuestros lectores por "Un caso de conciencia" (SF nº 17), obra con la que obtuvo el Premio Hugo 1959, vierte en esta nueva novela lo mejor de sí mismo, alcanzando las cotas más insospechadas que la ciencia ficción puede ofrecer.

# Programa de inseminación

# 1

La espacionave reanudó su zumbido en torno a Sweeney sin que éste se diera cuenta del cambio. Cuando la voz del capitán Meiklejon le llegó finalmente a través del altavoz de la pared, Sweeney seguía tendido y sujeto en su litera, en un peculiar estado de tranquilidad que nunca antes había conocido, y que posiblemente hubiera sido incapaz de describir, ni siquiera a sí mismo. De no ser porque su pulso seguía latiendo, habría llegado a la conclusión de que estaba muerto. Necesitó varios minutos para reaccionar.

—Sweeney, ¿me oyes? ¿Estás..., estás bien?

La breve vacilación en la voz del piloto hizo sonreír a Sweeney. Desde el punto de vista de Meiklejon, y de la mayoría del resto de la humanidad, Sweeney era un completo error. De hecho, estaba muerto.

La cabina completamente aislada, con su propia compuerta estanca que daba al exterior, sin ningún acceso para Sweeney al resto de la nave, era un testimonio claro del error que representaba. Lo mismo que el tono de la voz de Meiklejon: un hombre dirigiéndose no a otro ser humano, sino a algo que debía ser mantenido en una bóveda estanca.

Una bóveda estanca diseñada para proteger al universo que había fuera de ella..., no para proteger a su contenido del universo.

—Claro que estoy bien —dijo Sweeney, soltando sus correas de sujeción y sentándose. Comprobó el termómetro, que seguía señalando  $-90\text{ }^{\circ}\text{C}$ , la temperatura media de Ga-

nímedes, tercera luna de Júpiter—. Me había quedado dormido. ¿Dónde estamos?

—Estoy situando la nave en órbita; nos hallamos ahora a unos mil quinientos kilómetros del satélite. Pensé que desearías echar un vistazo.

—Claro que sí. Gracias, Mickey.

—Bien, te hablaré luego —dijo la voz desde la pared.

Sweeney se agarró al riel de guía y se impulsó hacia la única portilla de observación de la cabina, maniobrando con considerable precisión. Para un hombre habituado a una gravedad equivalente a  $1/6$  de la terrestre, la caída libre —una situación de absoluta ausencia de gravedad— sólo constituía un caso extremo.

Lo cual podía aplicarse también al propio Sweeney. Era un ser humano..., pero era también un caso extremo.

Miró afuera. Sabía exactamente lo que iba a ver; lo había estudiado exhaustivamente a partir de fotos, telerregistros, mapas, y a través de telescopios, tanto desde casa como desde la Luna y Marte. Cuando uno se acerca a Ganímedes en su conjunción inferior, tal como estaba haciendo Meiklejon, lo primero que salta a la vista es la enorme mancha ovalada llamada "el Tridente de Neptuno"..., apodada así por los primeros exploradores jovianos, debido a que estaba señalada con la letra griega psi en el antiguo mapa compuesto Howe. A la larga había resultado que el nombre había sido bien elegido: esa mancha es un profundo y ramificado mar, prolongándose hacia el este, que va desde los  $120^\circ$  hasta los  $165^\circ$  de longitud, y desde los  $10^\circ$  hasta los  $33^\circ$  de latitud norte. ¿Un mar de qué? Pues de agua, por supuesto...; agua helada hasta convertirse en sólida y eterna roca, y cubierta por una capa de polvo de roca de casi ocho centímetros de espesor.

Al este del Tridente, y avanzando en línea recta hacia el polo norte, hay una gran hendidura triangular denominada "la Muesca", un retorcido valle obstruido por las raíces y sacudido por las avalanchas, que se prolonga en torno al

polo y asciende luego por el otro hemisferio, abriéndose a medida que avanza (asciende, debido a que el norte para los pilotos espaciales, al igual que para los astrónomos, está abajo). No hay nada absolutamente parecido a la Muesca en ningún otro planeta, aunque desde la conjunción inferior, cuando la nave de uno se aproxima en vertical sobre el meridiano  $180^\circ$  de Ganímedes, puede que recuerde en algo al Syrtis Mayor de Marte.

Sin embargo, no existe ningún parecido real. Syrtis Mayor es quizá la región más agradable de todo Marte. La Muesca, en cambio, es... una muesca.

En la pared oriental de esta enorme cicatriz, a los  $218^\circ$  de longitud y  $32^\circ$  de latitud norte, hay una aislada montaña de unos tres mil metros de altura, que por lo que Sweeney sabía carecía de nombre; estaba señalada con la letra pi en el mapa Howe. Debido a su aislamiento, cuando el terminator del amanecer solar coincide con esa longitud puede ser vista fácilmente desde la Luna de la Tierra con ayuda de un buen telescopio, con su pico brillando en medio de las tinieblas como una pequeña estrella. Una cornisa semicircular se proyecta hacia el oeste desde la base del pi de Howe y por encima de la Muesca, con sus abruptos flancos desconcertantes en un mundo que no muestra ningún otro signo de estratos en pliegues.

Era en esa cornisa donde vivían los demás Hombres Adaptados.

Sweeney miró hacia abajo durante largo rato, en dirección a la casi invisible montaña con su cima brillante como una estrella, preguntándose por qué no reaccionaba ante ella. Cualquier emoción apropiada hubiera servido: anticipación, alarma, ansiedad, cualquier cosa, incluso miedo. Tras dos meses encerrado en aquella segura cárcel hubiera debido estar ansioso por salir de allí, aunque sólo fuera para ir a reunirse con los Hombres Adaptados. En cambio, persistía la tranquilidad. Era incapaz de ir más allá de una momentánea curiosidad con respecto al pi de Howe, mien-

tras que sus ojos eran atraídos hacia Júpiter, colgando monstruoso y con alocados colores a un millón de kilómetros de distancia, más menos unos cuantos miles. Y aun el planeta le atraía tan sólo porque era más brillante; excepto aquello, no tenía el menor significado.

—¿Mickey? —dijo, obligándose a mirar al fondo de la Muesca.

—Estoy aquí, Sweeney. ¿Qué te parece?

—Oh, como un mapa en relieve. Así es como parece siempre. ¿Dónde vas a dejarme? Las órdenes no te obligan a ningún lugar determinado, ¿verdad?

—Aja. Pero no creo que hayan muchas posibilidades —dijo la voz de Meiklejon, menos vacilante—. Tendrá que ser la gran llanura..., la H de Howe.

Sweeney examinó el ovalado mar con un suave disgusto. De pie allí, sería tan visible como en mitad del Mare Crisium de la Luna. Lo hizo notar así.

—No tienes otra elección —repitió Meiklejon tranquilamente.

Hizo funcionar los cohetes varias veces. Sweeney notó que su peso volvía brevemente a él; mientras intentaba decidir hacia qué lado vomitar, el peso desapareció de nuevo. La nave se hallaba ahora en órbita; pero Sweeney era incapaz de decir si Meiklejon iba a mantenerla allí o en cambio iba a avanzar en zigzag por encima del satélite. Tampoco lo preguntó. Cuanto menos supiera, mejor.

—Bien, es una larga caída —dijo Sweeney—. Y esa atmósfera no es precisamente la más densa del sistema. Deberé posarme al abrigo de la montaña. No deseo tener que caminar doscientos o trescientos kilómetros a través de la H de Howe.

—Por otra parte —adujo Meiklejon—, si descienes demasiado cerca, nuestros amigos de ahí abajo descubrirán tu paracaídas. Quizá sea mejor si te depositamos en la Muesca, después de todo. Hay tanto revoltijo allí dentro que los ecos del radar deben de ser tremendos...; no hay ninguna

posibilidad de que puedan localizar algo tan pequeño como un hombre en un paracaídas.

—No, gracias. Todavía queda la localización óptica, y la sombrilla de un paracaídas no tiene ningún parecido con un promontorio rocoso, ni siquiera para un Hombre Adaptado. Tiene que ser detrás de la montaña, donde disponga a la vez de una sombra óptica y de radar. Además, ¿cómo puedo trepar para salir de la Muesca y llegar hasta esa cornisa? Si se han establecido en el borde de un risco no ha sido sin motivo.

—De acuerdo —convino Meiklejon—. Bien, tengo la catapultada apuntada. Me pondré el traje y me reuniré contigo en el casco.

—Está bien. Dime de nuevo exactamente lo que vas a hacer mientras yo esté fuera, a fin de no encontrarme dándole al silbato cuando tú ya no estés por ahí.

El sonido del armario de los trajes al ser abierto le llegó claramente al piloto por el intercom. Sweeney ya se había colocado el arnés del paracaídas, y sujetarse el respirador y el laringófono sólo iba a ocuparle un momento. Sweeney no necesitaba otra protección.

—Me quedaré aquí arriba en órbita libre, con toda la energía desconectada excepto la de mantenimiento, durante trescientos días. —La voz de Meiklejon parecía sonar más distante ahora—. Se supone que para entonces habrás hecho buenas migas con nuestros amigos de ahí abajo y sabremos a qué atenernos. Permaneceré atento a un mensaje tuyo en una frecuencia prefijada. Tú me enviarás únicamente una serie de letras codificadas; yo las pasaré a la computadora y ésta me dirá qué debo hacer, y actuaré en consecuencia. Si no tengo ninguna noticia tuya pasados los trescientos días, recitaré una breve pero ferviente plegaria y regresaré a casa. Después de eso. Dios me ayude, no sé nada más.

—Es suficiente. Vamos.



Sweeney se dirigió a su compuerta particular. Como todas las auténticas naves interplanetarias, el vehículo de Meiklejon no tenía un casco único que la recubriese de proa a popa. Consistía en varios módulos englobando sus componentes esenciales, incluida la esfera del habitáculo, unidos entre sí por un armazón de tubos y viguetas en una de las más largas de estas últimas, apuntada ya hacia la H de Howe, sería la que serviría como "catapulta".

Sweeney alzó la vista hacia el globo del satélite. La vieja sensación familiar de caída se apoderó de él por un momento; miró hacia abajo, reorientándose con relación a la nave, hasta que la sensación desapareció. Aunque la verdadera caída no iba a tardar mucho en producirse.

Meiklejon apareció por el horizonte de la esfera del habitáculo, deslizando sus zapatos magnéticos por el metal. Revestido con su aparatoso e informe traje espacial, era él quien parecía el miembro no humano del dúo.

—¿Listo? —preguntó.

Sweeney asintió y se dejó caer boca abajo en la vigueta en I, asegurando las sujeciones de su arnés en sus lugares correspondientes. Sintió las enguantadas manos de Meiklejon moviéndose a su espalda, sujetando la unidad de propulsión JATO<sup>[1]</sup> ahora no podía ver nada, excepto el trineo de madera que protegería su cuerpo del chorro del cohete.

—Todo listo —dijo el piloto—. Buena suerte, Sweeney.

—Gracias. Cuando quieras, Mickey.

—Ignición en cinco segundos. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. ¡Ya!

La unidad JATO se estremeció y le propinó a Sweeney un golpe casi paralizante entre los omoplatos. Por un instante la aceleración lo aplastó contra su arnés, y el trineo se deslizó por el metal de la vigueta en I.

Luego, repentinamente, la vibración cesó. Estaba en caída libre. Con un cierto retraso, tiró de la anilla de su paracaídas.

El trineo estaba alejándose de él en una suave curva descendente, y pronto se perdió entre las estrellas. La presión a su espalda desapareció cuando la unidad JATO, aún funcionando, se alejó también de él, llameando. Por un instante la vaharada de sus gases de escape le hizo sentirse mal; luego la sensación desapareció. Cuando llegara al suelo su impacto sería demasiado fuerte como para dejar algo más que un agujero.

No quedaba más que Sweeney, cayendo de cabeza hacia Ganímedes.

Casi desde el principio, desde aquel día apenas recordado de su temprana infancia en que se dio cuenta por primera vez de que el domo subterráneo de la Luna representaba el universo entero para todo el mundo menos para él, Sweeney había deseado ser humano; había deseado en forma de un vago e impersonal dolor que había cristalizado rápidamente en una fría amargura que impregnaba tanto su modo de ser como su actitud hacia la vida cotidiana, y en sueños de ardiente soledad que se iban haciendo más infrecuentes pero también más intensos a medida que maduraba, hasta el punto de despertarse en mitad de la noche, mudo y tembloroso, y quedar postrado varios días, como si hubiera escapado a duras penas a un terrible accidente.

El equipo de psicólogos, psiquiatras y analistas que se ocupaba de él hacía todo lo que podía, pero no era mucho. La historia de Sweeney no contenía prácticamente nada que fuera manipulable por ningún sistema de psicoterapia desarrollado para ayudar a los seres humanos. Ni siquiera eran capaces de ponerse de acuerdo entre ellos con respecto a la meta principal que debía alcanzar esa terapia: si ayudar a Sweeney a vivir con el hecho de su inhumanidad esencial, o por el contrario soplar sobre la única chispa de esperanza que la gente no médica de la Luna le mostraba constantemente a Sweeney como única razón de su existencia.

Los hechos eran simples e implacables. Sweeney era un Hombre Adaptado. Adaptado, en su caso, al frío extremo, a la débil gravedad y a la tenue y malsana atmósfera que prevalecía en Ganímedes. La sangre que corría por sus venas y el sustrato no sólido de cada una de sus células eran en sus nueve décimas partes amoniaco líquido; sus huesos eran Hielo IV; su respiración era un complejo ciclo de hidrógeno-metano basado no en la catálisis de un pigmento de naturaleza férrica, sino en el cierre y apertura de una doble relación de azufre; y podía sobrevivir durante semanas, si era necesario, con una dieta de polvo de roca.

Siempre había sido así. Lo que había hecho de él lo que era había ocurrido literalmente antes incluso de su concepción; se trataba de la aplicación a las células germinales que más tarde se unirían para formarlo de una elaborada constelación de técnicas: envenenamiento mitótico selectivo, irradiación localizada con rayos X, microcirugía tectogenética, inhibición metabólica competitiva, y quizás otras cincuenta cosas cuyos nombres nunca habían sido oídos y que colectivamente habían sido bautizadas como pantropía. Una palabra que, traducida libremente, significaba "cambiarlo todo", y que se correspondía con la realidad.

Al mismo tiempo que los pantropistas habían cambiado por anticipado los esquemas humanos de la constitución y química de Sweeney, habían cambiado también su educación, su mundo, sus pensamientos, incluso sus antepasados. Uno no podía fabricar un Hombre.

Adaptado simplemente agitando una varita, le había explicado orgullosamente en cierta ocasión el doctor Alfven a Sweeney por el intercom. Incluso las células germinales definitivas eran el resultado de un centenar de generaciones anteriores de células, nacidas las unas de las otras antes de pasar al estadio de cigotos como animales unicelulares, y cada una de ellas decantada un poco más hacia el cianuro y

el hielo y todas las demás cosas de las que estaban hechos los niñitos como Sweeney. El equipo psico había apartado al doctor Alfven a finales de aquella misma semana, tras la habitual revisión de las cintas de lo que se le había dicho a Sweeney y de lo que éste había contestado, pero no hubiera sido necesario que se tomaran esa molestia. Sweeney nunca había oído ninguna canción de cuna ni se había visto expuesto al complejo de Edipo. Era una ley en sí mismo, con la mayor parte de los considerandos en blanco.

Observó, por supuesto, que Alfven no acudía a la siguiente sesión, pero eso era algo normal. Los científicos iban y venían constantemente por la gran caverna sellada, siempre acompañados por la educada y bien uniformada policía particular de la Autoridad del Puerto de la Gran Tierra, pero raramente se quedaban mucho tiempo. Incluso entre el equipo psico había siempre una tensión peculiar, una furiosa pulsión que estallaba periódicamente con terribles batallas a gritos. Sweeney nunca había llegado a saber a qué se debían esos gritos, puesto que cada vez que se iniciaba una de esas batallas el sonido del exterior era cortado inmediatamente; sin embargo, había observado que cada vez algunos de los participantes desaparecían para siempre.

—¿Dónde está el doctor Emory? ¿No ha venido hoy?

—Ha terminado su turno de servicio.

—Pero quiero hablar con él. Me prometió traerme un libro. ¿Cuándo volverá a visitarme?

—No creo que vuelva a hacerlo, Sweeney. Ha cogido el retiro. Pero no te preocupes por ello; todo seguirá como antes. Yo te traeré el libro.

Fue después del tercero de esos incidentes cuando Sweeney fue llevado por primera vez a la superficie de la Luna..., custodiado, es cierto, por cinco hombres con trajes espaciales, aunque eso a Sweeney no le importara en absoluto. La nueva libertad le pareció algo enorme, y su propio traje, sólo un símbolo en relación con los de los guardias

del Puerto, parecía no existir. Fue el primer anticipo de la libertad que iba a disfrutar, si podía creer en todo lo que le habían insinuado, una vez hubiera terminado su trabajo. Podría incluso ver la Tierra, allí donde vivía la gente.

Acerca de su trabajo sabía todo lo que tenía que saber, y lo subía como si fuera una segunda naturaleza. Le había sido embutido desde su fría y solitaria infancia, siempre con la misma orden al final:

—Tenemos que traer de vuelta a esos hombres.

Esas ocho palabras eran la razón de existir de Sweeney; eran también la única esperanza de Sweeney. Los Hombres Adaptados tenían que ser capturados de nuevo y devueltos a la Tierra...; o más exactamente, devueltos al domo de la Luna, el único lugar además de Ganímedes donde podían ser mantenidos con vida. Y si no podía hacerlos regresar a todos —esto tenía que ser considerado únicamente como una posibilidad—, tenía que volver al menos con el doctor Jacob Rullman. Sólo Rullman conocía con seguridad el secreto fundamental: cómo convertir de nuevo un Hombre Adaptado en un ser humano.

Sweeney comprendía que Rullman y sus asociados eran criminales, pero la magnitud de su crimen era algo que nunca había intentado responderse a sí mismo. Sus estándares eran demasiado incompletos. Sin embargo, desde un principio había quedado claro que la colonia de Ganímedes se había instalado sin el consentimiento de la Tierra, mediante métodos que la Tierra no aprobaba (excepto casos especiales como Sweeney), y que la Tierra deseaba desmantelarla. No por la fuerza, ya que la Tierra deseaba primero conocer lo que sabía Rullman, sino a través de la sutil estratagema que era el propio Sweeney.

Tenemos que traer de vuelta a esos hombres. Después de lo cual, decían las insinuaciones —sin prometer nunca nada directamente—, Sweeney podría ser convertido en

humano, y conocer una libertad mejor que caminar por la superficie sin aire de la Luna en compañía de cinco guardias.

Normalmente, era tras una de esas insinuaciones cuando estallaba una de esas repentinas batallas entre los miembros del equipo. Cualquier hombre dotado de una inteligencia normal hubiera empezado pronto a sospechar que esas insinuaciones ni siquiera estaban fundadas en expectativas reales; el entrenamiento de Sweeney lo ayudó a que esas sospechas aparecieran muy pronto; pero a largo plazo no importaba. Las insinuaciones le ofrecían su única esperanza, y las aceptaba con ilusión aunque sin confianza. Además, las pocas palabras que solía escuchar al iniciarse las disputas antes de que el intercom dejara oír su clic y se quedara mudo le habían sugerido que había muchos más elementos de desacuerdo que la simple duda acerca de la convertibilidad de los Hombres Adaptados. Había sido Emory, por ejemplo, quien había estallado con un inesperado y explosivo:

Pero supongamos que Rullman tenía razón...

¿Razón acerca de qué? ¿Puede tener alguna vez "razón" un fuera de la ley? Sweeney no podía saberlo.

Luego estaba el técnico que había dicho:

El problema con la terraformación es el coste...

¿Qué quería decir con aquello? Apenas un minuto más tarde había sido sacado apresuradamente de la sala de exámenes con un pretexto inventado. Habían habido muchos casos como aquéllos, pero inevitablemente Sweeney fracasaba en intentar relacionar todos los fragmentos en un esquema común. Finalmente, llegó a la conclusión de que no afectaban directamente a sus posibilidades de convertirse en humano, y muy pronto los abandonó en el enorme desierto de su ignorancia general.

En el largo proceso, sólo las directrices eran reales, las directrices y las pesadillas. Tenemos que traer de vuelta a esos hombres.

Esas ocho palabras constituían la razón por la cual Sweeney, como un hombre cuyo último esfuerzo por despertar hubiera fracasado, estaba cayendo de cabeza hacia Ganímedes.

Los Hombres Adaptados encontraron a Sweeney a mitad de camino de su subida al gran puerto que constituía el único acceso a su colonia en la cornisa del risco desde la llanura de la H de Howe. No los reconoció; no correspondían a ninguna de las fotografías que había memorizado; no obstante, aceptaron rápidamente su historia. Y no tuvo necesidad de fingir agotamiento...; la gravedad de Ganímedes era normal para él, pero había sido un largo trayecto y una larga subida.

De todos modos, se sorprendió al descubrir que había gozado con la caminata. Por primera vez en su vida había andado sin nadie que lo vigilara, ni hombres ni máquinas, en un mundo donde se sentía físicamente en casa; un mundo sin murallas, un mundo donde se sentía esencialmente solo. El aire era rico y agradable, los vientos soplaban por donde querían, la temperatura era considerablemente mucho más fría que todo lo que se podía conseguir en el domo de la Luna, y el cielo estaba a todo su alrededor, teñido de índigo y salpicado de estrellas que parpadeaban aquí y allá.

Tendría que ser cuidadoso. Podía resultar demasiado fácil aceptar Ganímedes como hogar. Le habían advertido en contra de eso, Pero no había llegado a comprender que el peligro podía ser no solamente real... sino atractivo.

Los jóvenes lo llevaron rápidamente dentro del camino hasta la colonia. Se habían mostrado tan poco curiosos como anónimos eran. Pero Rullman era distinto. La expresión de sorprendida incredulidad en el rostro del científico, cuando Sweeney fue introducido en su oficina de alto techo y paredes de roca, era tan total que asustaba.

—¿Qué es eso? —exclamó.